

enamorado de él cuando se hallaba «desnudo, pobre y desgraciado» (54). Volviendo a su postura cínica, manda los siguientes consejos a Iglesias en la primera mitad de 1777, comparando al enamorado con un hombre enfermo:

A un hombre que está enamorado y que lo confiesa lisa y llanamente, es inútil y aun ridículo el ponerse otro que se halla libre a disuadirle de su amor. Este empeño equivaldría al del médico que, hallando a su enfermo con el delirio de una calentura, quisiese hacerle entender y hablar con razón sobre asuntos diferentes de frenesí. En esta creencia, no quiero yo decir a Vmd mil pedanterías contra el amor, de que Vmd me dice se halla poseído; sólo si le compadeceré hasta que sacuda el yugo, lo que deseo sea cuanto antes (55).

Esta ambivalencia caracteriza asimismo sus composiciones literarias. Sus ideas sobre el amor como tema poético se encuentran en *Refiere el autor los motivos que tuvo para aplicarse á la Poesía* y la *Epístola dedicada á Ortelio*, escrita a finales de 1768 ó principios de 1769 (56). Además de considerar el amor asunto más agradable que el de la guerra, confiesa en la *Epístola* y también en el *Prólogo* haberlo utilizado como alivio de sus penas; es decir, el amor es su inspiración y también su consuelo. Sin embargo, las poesías aclaran poco su actitud hacia el amor, porque en la mayor parte siguen una tradición, sea pastoril, estoica o quevedesca. Así, celebra la belleza de su Filis en la anacreóntica «De los amores de varios poetas» y otros poemas, aunque aprendemos más sobre su atracción física hacia la mujer en el breve comentario que va al final de una carta a Iriarte:

Se encarga un Padrenuestro y un Ave María por el peligro en que está el alma del predicador por la vecindad de una mozuela que vive frente por frente, y tiene dos ojos como dos tizones sacados del infierno para abrasar el siervo de Dios (57).

(54) *Escritos autobiográficos*, p. 20. De la misma forma, cuenta que al caer enfermo después de la muerte de la actriz, las únicas personas que se preocupaban por él eran la madre y mujer de un infeliz oficial de cerrajero (*ibid.*). Su censura de las mujeres suele limitarse a las de las clases media y alta.

(55) *Epistolario*, carta 70, p. 122.

(56) Da mucho énfasis a la modestia con que trata las materias amorosas y censura la libertad literaria (*Prólogo a los Ocios de mi Juventud, Obras*, III, pp. 4-5). Repite esto en «Refiere el autor»:

No leas con temor. Ni voz, ni idea
Verás en mí que indecorosa sea:
Ni ofenderé al pudor más recatado.
Podrá decir mis versos sin cuidado
El labio virginal, sin que ofendidos
Dexe mi blando númen sus oídos.

(*Obras*, III, p. 16.)

(57) *Epistolario*, carta 36, pp. 74-75.

Canta la suprema felicidad del amante, luego llora la inconstancia de Filis y la mudanza de la Naturaleza y hace resaltar la constancia de Dalmiro, la cual dice que perdurará más allá de la muerte (58).

El tono pesimista de muchas de las poesías líricas y el cinismo del propio Cadalso se reflejan en sus argumentos sobre el matrimonio, que pinta no solamente como falto de amor, sino también de virtud. Los hombres, según él, ni pensaban en estos temas al elegir a una mujer, por eso sería absurdo aconsejar a uno que se casase con «una mujer honrada, rolliza y trabajadora». Las mujeres tampoco consideraban la virtud ni el deber como importantes ingredientes del matrimonio:

Poco mejor le iría al que llegase a una mujer, y la dixese: ¿tienes ya quince años? (59). Pues ya no debes pensar en ser niña; tocador, gabinete, coche, mesas, cortejos, teatros, nuditos, máscaras (60), encaxes, cintas, parches, aguas de olor, batas, y deshábille al fuego desde ahora. ¿Quién se ha de casar contigo, si te empleas en esos pasatiempos?, ¿qué marido ha de tener la que no cría sus hijos a sus pechos? (61), ¿la que no sabe hacerle las camisas, cuidarle en una enfermedad, gobernar su casa, y seguirle si es menester a la guerra?

(Carta LXXXVIII.)

En una carta de Gazel a Ben-Beley, aquél describe una tertulia donde conoció a la señora de la casa, comentando «los amos no ha-

(58) Véase, por ejemplo, «Sobre los peligros de una nueva pasión» y los «Sáficos-Adónicos a Cupido».

(59) La protagonista de unas letrillas pueriles era más joven aún:

*Catorce años tengo...
Y chicas y chicos
Me suelen decir:
¿Por qué no te casan,
Mariquilla? Di.*

(Obras, III, pp. 67-68.)

(60) Cadalso también asistió a los bailes de máscaras (véase los *Escritos autobiográficos*, p. 16), por tanto, sabía lo que pasaba dentro. Describe el calor (sentido literal y sentido metafórico) de estas fiestas en el mes de diciembre en el *Kalendario Manual*, contrastándolo con el frío que pasaban los cocheros que esperaban fuera.

(61) Tediato se queja de lo mismo; además, sostiene que las madres ya no se preocupaban de sus hijos: «Nos engendran también por su gusto: tal vez por su Incontinencia: nos niegan el alimento (*sic*) de la leche que la naturaleza las dio para este único y sagrado fin: nos vician con su mal ejemplo: nos sacrifican á sus intereses: nos hurtan las caricias que nos deben, y las depositan en un perro ó en un páxaro» (*Noches Lúgubres*, Obras, III, p. 324). La madre que ejemplifica esta negación total de sus responsabilidades y, en efecto, de su maternidad, es doña Ava, que está dispuesta a sacrificar a su hijo, Sancho García, por su pasión. Es curioso que aunque Cadalso reconocía las obligaciones de una madre hacia sus hijos, no incluía en éstas la primera educación. Aprobó al padre que se preocupaba de ésta (*Cartas marruecas*, carta LXIX). En la «Carta de un viajante á la violeta á su catedrático», el padre reconoce las características positivas de su hijo, «aunque en medio de un confuso tropel de ligerezas propias de tu edad y de la crianza libre que te dió tu madre en los años que mis comisiones me tuvieron léjos de esta casa» (*Obras*, I, p. 200). Glendinning cree que aquí Cadalso aludé a su propia vida (*op. cit.*, Madrid, 1967, p. 154, nota 9).

cen papel en ella». Una vez presentado, la gente le trataba como familiar: los hombres le visitaban en su posada y las mujeres le invitaban a su casa y hablaban con él públicamente. Observa:

Me hablaron en los paseos, y me recibieron sin susto quando fuí a cumplir con la obligación de visitarlas. Los maridos viven naturalmente en barrio distinto de el de las mugeres, porque en las casas de éstas no hallé más hombres que los criados (62), y otros como yo, que iban a visita.

(Carta XI.)

Nota la falta de fidelidad en una de sus primeras cartas a Ben-Beley, en la cual alude a la ruptura de los vínculos matrimoniales (Carta IV). También relata cómo un apologista de la modernidad veía el hecho de que los maridos y los amantes ya no se desafiaban como símbolo de los progresos que hacía la nación. En *Los eruditos* hay un comentario sobre la anarquía moral de las mujeres y otro ejemplo de la inversión de los valores cuando el Profesor incluye a Aspasia, querida de Pericles, en la lista de mujeres cultas. Más claro todavía es el «dilema», referencia a las mujeres que ponían los cuernos a sus maridos (63), observación repetida en el *Kalendarío Manual* con la descripción de las fiestas de San Marcos, referencia antonomástica a los cornudos (64). De ahí pasamos al epitafio satírico de la mujer fiel, que hace resaltar lo rara de esta condición y lamenta a la vez que no fuera contagiosa:

Sólo murió de constante
La que está baxo esta losa:
Acércate, caminante,
Pues no murió tal amante
De enfermedad contagiosa (65).

Cadalso no es partidario de la falta de fidelidad; no obstante, observa, a título de explicación, las graves consecuencias de la tiránica intervención paterna en el matrimonio:

Que Celia tome el marido [^]
Por sus padres escogido,
Ya lo veo.

(62) Estos ya no eran un problema para las señoras que querían engañar a sus maridos, por lo menos, según la coqueta de la carta LXXVI. Parece que ellos estaban tan acostumbrados al «torbellino de visitas diarias» (Carta XI) como los hombres que iban de visita. La *Pensadora Gaditana* comentó «A la palabra *visitas* hay quien quiera dar más significados que los vanos cumplimientos del ceremonial; pero en realidad no tiene otra significación y es menester que Vm. lo haga entender así» (*op. cit.*, Cádiz, 1763-64, I.vii).

(63) Véase la edición de Madrid, 1967, p. 79, nota 5.

(64) Véase la edición citada de Glendinning (Madrid, 1982), p. 14, nota 12.

(65) *Obras*, III, p. 90.

*Pero que en el mismo instante
Ella no escoja el amante,
✓ No lo creo (66).*

En la Carta XXIII satiriza a los padres que quieren casar a sus hijos por motivos sociales o económicos. La codicia de los padres también es el tema de «Lamentándose una pastora». En las *Memorias* cuenta su propia experiencia:

Con la de Codallos pudo haber sido la cosa muy seria, porque siendo ella soltera y yo también, y mezclándose en eso tres sujetos muy intrigantes, estuve muy cerca de casarme con ella, y aún lo hubiera hecho, a no considerar que me quedaban ya muy cortas reliquias de mi patrimonio, y tener el corazón demasiado humano para ponerme a hacer chiquillos, que con el tiempo pedirían limosna. Lo que hicieron por casarme y lo que hice para que no me casaran merece una historia aparte (67).

Bastante menos suerte tenía la mujer de veinticuatro años que contó su vida en una carta que escribió a Gazel. Dijo que acababa de enterrar a su sexto marido, último de una serie de hombres inadecuados, todos elegidos por su padre (68), que variaban desde un astrólogo supersticioso—que murió de un catarro que cogió mientras esperaba un cometa que apareció más tarde de lo que había calculado—a un jugador desventurado, que se citó con la muerte cuando un amigo suyo le tiró un candelabro a la cabeza al verle colocar mal una carta. La mujer no está triste, sino se siente agraviada:

Todo esto se hubiera remediado, si yo me hubiera casado una vez a mi gusto, en lugar de sujetarle seis veces al de un padre, que cree que la voluntad de una hija es cosa que no debe entrar en cuenta para el casamiento.

(Carta LXXXV.)

Aunque escéptica de las costumbres de Marruecos, observa que apenas distingue entre ser esclava de un marido o de un padre, que no se preocupaba por la felicidad de su hija en absoluto, sino únicamente por un buen partido.

[66] *Obras*, III, p. 72.

[67] *Escritos autobiográficos*, pp. 12-13. No se sabe quiénes eran estos sujetos; parece razonable sostener que Aranda era uno de ellos, como amigo de Codallos, con quien compartía el odio a los jesuitas.

[68] Una ley de Recopilación (ley 1, título I, libro 5) que se derivaba del Fuero Juzgo (título II, libro 3) permitió a los padres cuyos hijos contrajeron matrimonio sin su consentimiento a desheredarlos. Esta ley fue confirmada por varias pragmáticas y cédulas (23 de marzo de 1776, 17 de junio, 31 de agosto y 28 de octubre de 1784, 1 de febrero de 1785). Esta última, sobre todo, prohibió a los padres que obligaran a sus hijos a que se casaran o que negaran dar su consentimiento o impidieran un matrimonio sin tener justa causa.

Sin embargo, a pesar de este cuadro de perdición y desaliento, Cadalso no era totalmente pesimista, porque aún persistían mujeres de virtud:

De esto conjeturarás ser muy grande la relajación de costumbres; pero no por eso infieras que es total. Aún abundan matronas dignas de respeto, incapaces de admitir yugo tan duro como ignominioso; y su exemplo detiene á otras aun en la orilla misma del precipicio. Las débiles todavía conservan el conocimiento de su misma flaqueza, y profesan respeto á la fortaleza de las otras.

(Carta X.)

Además, si creemos que los consejos del padre a su hijo en *Los eruditos* eran los del autor, éste recomendaba el matrimonio, con tal que los dos contrayentes fueran personas de virtud:

... cástate en tu provincia con alguna mujer honrada y virtuosa, y pásate una vida tanto más feliz, quanto más tranquila en el centro de tus estudios y en el seno de tu familia, á quien dexarás suficiente caudal con el exemplo de tu virtud (69).

Su argumento que la virtud era la cosa «más amable cuando más la conocemos y cultivamos» (Carta XVII) se demuestra claramente en la descripción de la mujer del hombre que invita a Gazel a su casa cuando un eje del carruaje en que viajaba éste se rompió en carretera. Pinta el cariño sincero que tenía a su marido, su pudor natural y su humildad al apartarse con los hijos y los criados, una vez acabada la cena. Luego, un doméstico realza esta impresión favorable, expresando lo que era, a lo mejor, la opinión del carácter innato de la mujer del propio autor. Sostiene que la mujer no es dechado de flaquezas, sino un ser tierno e impresionable y el retrato vivo de las virtudes o los vicios de su marido:

Si una mujer joven, poderosa y con mérito, halla en su marido una pasión de razón de estado, un trato desabrido, y un mal concepto de su sexo en lo restante, ¿qué mucho que proceda mal? Mi ama tiene pocos años, más que mediana hermosura, suma viveza, y lo que llaman mucho mundo. Quando se desposó con mi amo, halló en su esposo un hombre amable, juicioso, lleno de virtudes:

(69) *Obras*, I, p. 95. Como Nifo, consideraba que el matrimonio era el principal apoyo de los Estados, aunque eso no le impedía interpretarlo de una forma más pragmática o quizá más satírico:

La niña soltera
¿De qué ha de servir?
La vieja casada
Aún es más feliz.

(*Obras*, III, p. 69.)

halló un compañero, un amante, un maestro, todo en un solo hombre igual á ella, hasta en las accidentales circunstancias de lo que llaman nacimiento; por todo lo qual había de ser y continuar siendo buena. No es tan mala la Naturaleza, que pueda resistirse á tanto exemplo de bondad.

(Carta LXIX.)

^ La señora cumplía con su obligación de madre y mujer. Cadalso no exige que fuera otra cosa; por eso, no la critica como hace a su marido en la carta siguiente, por ser mal ciudadano. El filósofo ve la salvación de la nación en mujeres tales como ella, porque para él, v el único pilar de la sociedad es la virtud:

La mejor fortaleza, la más segura, la única invencible es la que consiste en los corazones de los hombres, no en lo alto de los muros, ni en lo profundo de los fosos.

(Carta IV.)

NICOLE HARRISON

Queen Mary College
Universidad de Londres
Mile End Road
LONDON E1 4NS